

## HORCA Y LEYENDA DE ALI BHUTTO

que el Tribunal Supremo estudiase su toma de poder y sentenciase sobre ella. Como era de esperar, el alto organismo falló a favor, el 10 de noviembre de 1977. No dejaba de reconocer que el golpe era "extraconstitucional" —nunca osó decir "anticonstitucional"—; que era una "asunción válida del poder" y que representaba la "ley de la necesidad".

Inmediatamente comenzó a funcionar la horca. En público, y con televisión y fotógrafos: se trataba de explicar que el nuevo régimen obedecía a la "ley de la necesidad" y que los ciudadanos debían hacer lo mismo. El general Zia, después, asumiría la Ley Coránica, que también desea que todos los castigos sean públicos, por cuestión de ejemplaridad. Las manos cortadas y los centenares de azotes a los adúlteros, a los ladrones, a los homosexuales, a los bebedores de alcohol. Pero el régimen ya estaba ligado de nuevo a los Estados Unidos. Iba a ser la fuerza que se opusiera al soviétismo de Paquistán, y el que en esa zona de Asia continuara la labor interrumpida por el Sha al otro lado de la frontera con Irán. Donde también la horca, los pelotones, las manos cortadas y los látigos comenzaban a hacerse visibles.

El general Zia mandó detener inmediatamente a Ali Bhutto, pero con su preocupación por la legalidad trató de que su enemigo, y enemigo de los Estados Unidos, tuviera su castigo merecido. No le juzgó por delitos políticos, sino acusándole de un crimen de derecho común: Bhutto había mandado matar a un enemigo político y como sus agentes no le encontraron, mataron a su padre. El juicio se montó sobre un Tribunal compuesto por enemigos personales de Bhutto: el presidente había sufrido persecución y había visto sus tierras confiscadas. Cuando los seis magistrados empataron sobre la sentencia de Bhutto —tres contra tres—, el presidente decidió la condena con su voto. Se encontraron testigos: los propios

agentes de Bhutto, los que hubieran sido condenados con él de no haber declarado a tiempo. Cuando Bhutto apeló contra la sentencia de muerte, la apelación fue a parar al mismo Tribunal Supremo que había legalizado el golpe de Zia. Aun así, el Supremo, que no pudo eludir la ratificación de la pena de muerte, recomendó a Zia la clemencia. La pidieron distintos jefes de Estado, organizaciones de todo el mundo. El general Zia quería que fuese el propio Bhutto quien la solicitase; pero el condenado no lo hizo. Los guardianes le apaleaban para obligarle a firmar el documento reconociendo su culpa, pero pidiendo misericordia. Bhutto, entre vómitos de sangre, agonizando ya, se negó siempre. Los abogados pidieron que se le aplicara la Ley Coránica, que prevé que la pena de muerte para un asesino puede ser conmutada por lo que se llama "dinero de la sangre", o "precio de la sangre": una indemnización a los parientes de la víctima. Mientras Zia declaraba que no había lugar, Bhutto tampoco lo aceptaba: pagar el "dinero de la sangre" hubiera significado reconocer su culpabilidad.

Los dos enemigos se enfrentaban así: el uno con el poder y la horca, el otro soportando palizas, muriendo día a día a mano de sus carceleros, en plena huelga de hambre, pero sin ceder. Hasta que llegó el día de la ejecución. Que fue, al mismo tiempo, el día de la gran acusación contra Zia Ul Haq: el mundo entero se ha vuelto contra él, y en el Paquistán han comenzado ya las manifestaciones que quizá se hubieran aplazado si Bhutto hubiese sido indultado. Las represiones han producido ya un elevado número de muertos.

De esta manera, Bhutto pasa a la Historia y a la mitología como un demócrata, Zia queda configurado como un hombre sediento de venganza y de odio, como un autócrata capaz de matar. Cuando Zia sea derribado, Bhutto tendrá monumentos y avenidas en el país... ■

# PCI: A LA OPOSICION PARA LLEGAR AL GOBIERNO

RODRIGO VAZQUEZ PRADA

**U**N titular a toda página de "L'Unità" lo dijo claramente: "El PCI no se retira". Y en su última intervención ante los 1.191 delegados, Enrico Berlinguer lo subrayó de manera tajante: "Afirmar que el PCI se retrae y cambia de estrategia sería la más clamorosa deformación de lo que ha sido el XV Congreso. Para salvar Italia y la democracia, para poner fin al desorden y a la ineficacia, para liberar a la convivencia ciudadana de la violencia, para golpear los privilegios y hacer, finalmente, justicia social, es necesario que el Partido Comunista vaya al Gobierno".

Dos años y medio después de entrar a formar parte de la mayoría parlamentaria, el PCI ha optado por la línea recta —la más corta entre dos puntos— para acceder al Gobierno. Sin nostalgia alguna de sus largos años en la oposición —desde el 48 hasta el 76—, dejando en minoría las posiciones de los sectores que, con dirigentes entre ellos, como el prosoviético

Cossutta, pretendían el atrincheramiento fuera del área gubernamental por tiempo indefinido, el XV Congreso de los comunistas italianos ha ratificado la postura de Enrico Berlinguer y de la mayoría de la dirección instalada en la calle de La Botteghe Oscure: situarse en la oposición para acceder primero al Gobierno, junto a otras fuerzas democráticas.

Y las elecciones anticipadas, convocadas tras la disolución de las cámaras días atrás, va a ser el primer banco de pruebas para la propuesta comunista. Una propuesta de Gobierno de "unidad nacional" respecto a la cual el PCI comenzó a trabajar en profundidad ya en el mismo Congreso, aprovechando la caja de resonancia de su máxima reunión, y lanzando desde ella una fuerte ofensiva de cara a las elecciones generales en las que, Berlinguer dixit, los comunistas se esforzarán "por reducir los votos de la DC y aumentar la fuerza conjunta de los partidos de la izquierda...".



Giancarlo Pajetta, del ejecutivo del PCI, durante su intervención en el XV Congreso.



De izquierda a derecha: Enrico Berlinguer, Gerardo Chiaromonte, Giancarlo Pajetta, Alessandro Natta, Pietro Ingrao, Armando Cossutta y Achille Occhetto.

## ¿Un Congreso electoralista?

Ante la perspectiva que se abre en Italia y el enfoque que tuvo, en alguna medida, el XV Congreso del PCI, ¿podría decirse, si más que dicho Congreso fue un acto puramente electoralista? Algunos observadores de la realidad italiana así lo afirman, aunque no desconocen que otros dos Congresos del PCI se celebraron también en unas fechas muy próximas a los comicios. El primero de ellos, el XII, tuvo lugar en 1972, pocos meses antes de las primeras elecciones anticipadas y en medio del clima de dramatismo creado por la muerte del editor de izquierdas Feltrinelli; el segundo, el XIV, el que ratificó la fórmula del "compromesso storico", se reunió en marzo de 1975, prácticamente en las vísperas de las elecciones municipales por las que los comunistas llegaron a las "juntas" de ciudades como Milán, Nápoles o Turín...

No obstante, el XV Congreso no se ha reducido a un acto puramente electoralista. Por el contrario, los comunistas italianos han avanzado en la puesta al día de su "tercera vía al socialismo". Y lo han hecho al través de un debate en el que se han reflejado las posiciones de las corrientes de derecha y de izquierda. Es decir, las posiciones representadas, de un lado, por Amendola, que lanzó unas duras críticas a los intelectuales y a los sindicatos y de

otra por Ingrao, que reflexionó con lucidez acerca de la profundidad de la crisis capitalista, de la necesidad de crear "formas avanzadas de democracia" y de que el movimiento obrero europeo plantee una iniciativa conjunta. Aunque, como era previsible, el pleno del PCI haya optado por navegar, como lo hace Berlinguer, por el medio de las aguas...

En este sentido, el XV Congreso del PCI ha aprobado el proyecto de tesis que elaboró, en diciembre último, una comisión del Comité Central, aportando sus enmiendas a 41 de las 91 tesis, en una línea enriquecedora, pero en absoluto opuesta al texto inicial. De esta forma, por ejemplo, se dio luz verde a la modificación de los Estatutos en relación con el "marxismo-leninismo", cuyo "conocimiento y profundización" se planteaba hasta ahora como un deber de los militantes. El Congreso ha resuelto la cuestión en base a dos puntos: mediante la definición del PCI en el preámbulo de los Estatutos, como "un partido laico y racional al que se adhiere sobre la base de la tradición ideal y cultural que tiene su matriz e inspiración en el pensamiento de Marx, Engels, y que ha tenido un impulso histórico a partir de las ideas innovadoras y de la obra de Lenin"; y a través del establecimiento del deber de los militantes de "aumentar sus conocimientos culturales y políticos, profundizar el estudio de la historia y del patrimonio de ideas del

PCI y de todo el movimiento obrero internacional...". En otro orden de cosas, las tesis programáticas del PCI perfilan el objetivo de fondo del PCI como "transformación de Italia en una sociedad socialista, fundada sobre la democracia política". Y a partir de ahí, reafirman las señas de identidad esenciales de su "tercera vía", insistiendo, entre otros puntos, en su rechazo a "la concepción del Partido Comunista como prefiguración del Estado y de la sociedad socialista".

Al lado de éstas, el Congreso dio un paso más en torno a dos temas especialmente relevantes: la cuestión religiosa y el feminismo. Respecto a la primera, introdujo una frase más en la tesis 14 —"el PCI no hace profesión de ateísmo"—, que supone una reiteración del carácter laico del partido y un medio de acercamiento a las masas católicas; política ésta que, a partir de los análisis de Gramsci y Togliatti, encontró ya un fiel reflejo en el X Congreso, celebrado en 1962, en el que se consideró que "la conciencia religiosa, enfrentada a los dramáticos problemas del momento actual, puede estimular una lucha progresista".

En relación con la segunda cuestión, el Congreso asumió las posiciones de los movimientos feministas, introduciendo por primera vez en un documento programático de un partido comunista una denuncia de la represión de las mujeres en función de su sexo.

## Un nuevo internacionalismo

En fin, el XV Congreso del PCI avanzó también en su concepción de un "nuevo internacionalismo", basado en el "principio riguroso de la independencia y autonomía de todo partido, movimiento y Estado", que amplía el espectro de fuerzas políticas a las que se refiere más allá de los partidos comunistas y en torno al cual Enrico Berlinguer planteó la necesidad de una "carta en la que se definan los derechos, las orientaciones y los objetivos de una estrategia unitaria de la paz y el desarrollo en el mundo".

Todo este arsenal de posiciones y propuestas de los comunistas italianos suponen un nuevo avance en la elaboración teórica y política, en la consecución de la línea iniciada por Labriola, Gramsci y Togliatti. Y, en consecuencia, por eliminar dialécticamente el dogmatismo generado por el stalinismo y por enraizarse cada vez con más fuerza en la sociedad. Fiel reflejo de ambas consideraciones fue la presencia en el Congreso, como invitados, de dos personalidades de distinto matiz, pero con una representación política y social significativa. El primero, Lucio Magri, uno de los teóricos expulsados del PCI en el 69 con el grupo *Il Manifesto*, hoy, secretario general del Partido de Unidad Proletaria; el segundo, el general de la Seguridad Pública Enzo Falsani, uno de los artífices del movimiento para la reforma y renovación de la Policía, que hacía su presentación pública ante un partido político como "testimonio de la voluntad de los trabajadores de la Policía de participar junto a los demás ciudadanos en el debate sobre los problemas del Estado y la defensa de las instituciones". Frente al sectarismo de que impregna hoy todavía la práctica política de muchos partidos comunistas, la acogida que el XV Congreso del PCI otorgó a ambas personalidades fue todo un símbolo. ■